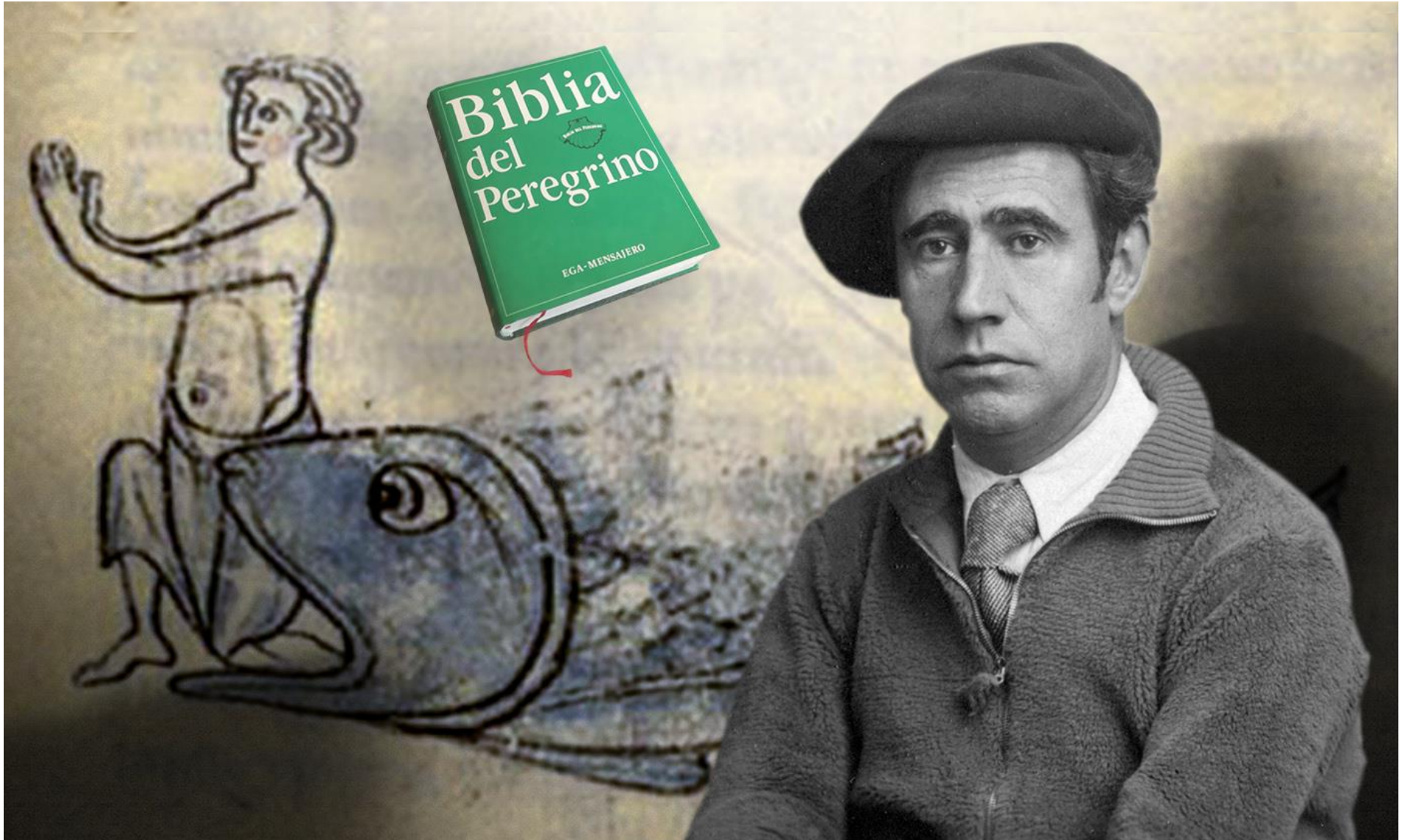




Ramón Acín, un obispo, Jonás, la ballena y otras exégesis bíblicas



Ramón Acín era un buen narrador, un buen cuentista que en muchos artículos de prensa atrapa a sus lectores mediante un discurso ameno y habitualmente amable y humorístico.

También fue un buen orador. Así lo transmitieron por escrito algunos que acudieron a sus conferencias y también a sus mítines. Podemos recordar su presentación de una conferencia pronunciada por su amigo el entonces famosísimo Ramón Gómez de la Serna y que tuvo lugar el 7 de mayo de 1927 en la *Sociedad Oscense de Cultura*.



En la foto de 1925 que nos acompaña aquí, Acín está presentando el monumento con el que conmemoró al oscense Lucas Mallada geólogo fundador de la paleontología moderna (Huesca, 1841—Madrid, 1921). Podemos apreciar varias sonrisas que atestiguan la *buena faena* de Ramón, realizada junto al *punto de la Miguelas*, donde fue ubicado el relieve en bronce y posteriormente trasladado al céntrico parque *Miguel Servet* donde también permanecen, desde su inauguración en 1929, las pajaritas. Vemos en la foto a un obispo sonriente y a otro sacerdote con rostro más severo.

La relación de Acín con el clero fue bipolar, podría decirse. Aunque anticlerical por ideología laica tuvo sin embargo buenas relaciones con el clero más tolerante y muy tensas con quienes no lo eran, la mayoría. Y como la cultura de Ramón era manifiestamente más elevada que la de la mayoría de los ministros celestiales, utilizó en ocasiones esa superioridad para ponerlos en evidencia.

El siempre amigo Felipe Alaiz relataba en un pasaje de su libro homenaje *Vida y muerte de Ramón Acín*, una muestra de su mordacidad:

Acín y yo éramos de Bakunin, y no rebajábamos ni un ápice. Pero Ramón tenía una virtud persuasiva capaz de desentumecer un obispo. Se enfrentó casualmente en cierta ocasión en Huesca con uno de los más entrometidos obispos y le empezó a hablar de la santidad de Bakunin con palabras enteras y firmes. El obispo no sabía nada de Bakunin y quedó deslumbrado al conocer a un santo completamente nuevo para él. Enterado el prelado días después por un jesuita de quién era Bakunin, profesó desde entonces a Acín un odio completamente episcopal.

Recuerdo el relato que me hizo el propio Acín de su entrevista con el prelado, entrevista debida al azar.

— Tenía el obispo fama de santo, pero era tan gordo como una cuba y no había manera de identificar a tan sesudo varón con la santidad, incompatible ésta con los noventa kilos. Me habló del padre Vicent, una especie de «manager» de los obispos organizadores de los sindicatos católicos y le dije que aquel padre Vicent era un cruzado sin cruz... Una santidad de noventa kilos como la del obispo creyó que yo hablaba del cruzado sin cruz en tono irreverente y me dijo que los descreídos éramos unos bromistas, que nos zafábamos de la discusión con una frase ingeniosa, pero que sentíamos resistencia a enfrentarnos con problemas serios. Yo repliqué entonces muy serio que ninguna culpa tenía el jesuita Vicent de que los obispos poco serios lo tomaran en serio cuando el mismo Vicent no se tomaba en serio al hablar y escribir contra la anarquía sin saber lo que era, demostrando con ello una desesperante falta de seriedad. Le cité libros de Vicent y añadí que se puede estar en contra o en pro de las ideas anarquistas pero sabiendo lo que son... Entonces fue el prelado el que empezó a bromear y yo corté repentinamente el diálogo con aquel mastuerzo lo suficiente torpe, ignorante y plebeyo para ser obispo.¹

Acín era un ávido lector. Y no podían faltar los clásicos o esa magnífica obra que es la Biblia cuyos narradores *escribieron como Dios*, para utilizar adecuadamente su cualidad literaria. No vamos a referir aquí ningún escrito de Acín, sino una ilustración de la famosa historia que aparece en el *Libro de Jonás*, el profeta submarinista, ya que Acín lo presenta en la siguiente viñeta, muy celebrada en el *Salón del Humor* que organizó el *Heraldo de Madrid* en esa ciudad en 1920 y que dedica a Acín su portada y titula la viñeta como el primer del submarino. La historia de Jonás ha dado mucho de sí. A continuación, os invitamos a ver dos excelentes narraciones y un también magnífico poema.

¹ Hay que señalar que el obispo al que hace referencia Alaiz es precisamente el que sonríe sentado a la izquierda de la foto, Fray Mateo Colom. ¿De qué reiría?



De un viajero

Juan José Arreola (México, 1918—2001)

De *Prosodia y variaciones sintácticas*, 1997

En el vientre de la ballena, Jonás encuentra a un desconocido y le pregunta:

—Perdone usted, ¿por dónde está la salida?

—Eso depende... ¿A dónde va usted?

Jonás volvió a dudar entre las dos ciudades y no supo qué responder.

—Mucho me temo que ha tomado usted la ballena equivocada... Y sonriendo con dulzura, el desconocido se dispuso blandamente hacia el abismo intestinal.

Vomitado poco después como un proyectil desde la costa, Jonás fue a estrellarse directamente contra los muros de Nínive. Pudo ser identificado porque entre sus papeles proféticos llevaba un pasaporte en regla para dirigirse a Tartessos.



En el dibujo de Acín -realizado entre 1919 y 1920- se puede apreciar a Jonás asomándose entre los dientes del pez. Se verá que no tiene una casa demasiado amigable. No hay que leer más que la narración original de la Biblia para entender el dibujo. Otro escritor, el argentino Marco Denevi, hizo su particular exégesis que caracteriza al malhumorado Jonás.

Jonás y la ballena

Marco Denevi (Argentina, 1922—1998)

De *Falsificaciones*, 1966

Jonás hostiga a la Ballena, la insulta, la provoca, le dice que se aprovecha de los peces pequeños pero que es incapaz de devorar a un hombre, la llama arenque, mojarrita y otros epítetos injuriosos. Al fin la Ballena, harta de verse así vilipendiada o acaso para hacer callar a ese energúmeno, se traga a Jonás sin hacerle el menor daño. Una vez dentro del vientre de la Ballena, Jonás empieza a correr de aquí para allá. Profiere ladridos, da puñetazos y puntapiés en las paredes del estómago de la Ballena. Al cabo de unas horas la Ballena, enferma de náuseas, vomita a Jonás sobre la playa. Jonás cuenta a todo el mundo que permaneció un año en el interior de la Ballena, inventa aventuras heroicas, afirma que la Ballena le tuvo miedo. *Moraleja: si eres grande y poderoso como una ballena y algún Jonás te desafía no lo devores, porque lo vomitarás transformado en héroe.*



Y despedimos esta entrega con una nueva versión, esta vez poética, del que fue Premio Cervantes en 2009, alumno y amigo de Arreola, José Emilio Pacheco.

Cuenta el poeta que, siendo alumno de Arreola y estando el maestro a punto de perder una imprescindible cantidad de dinero por no entregar a tiempo un libro de cuentos comprometido para una fecha, pues se hallaba bloqueado creativamente, sus alumnos de taller literario eligieron a Pacheco para que se presentara en casa de Arreola y consiguiera que escribiera el libro que ni siquiera había comenzado. Acudió a la mañana siguiente y dijo al maestro: *Hay que acabar y no me voy de su casa hasta que lo haga*. Arreola se tumbó en una cama o un sofá, se tapó con una almohada y dictó en unos pocos días el texto completo de una de sus obras más celebradas, *Bestiario*. Sobra decir que Arreola era un inmenso narrador oral... y Pacheco, una magnífica persona.

Informe de Jonás

José Emilio Pacheco (México, 1939—2014)

De *En resumidas cuentas*, 2004

Intenté huir de Dios que me ordenaba
predicar contra Nínive.

Me embarqué rumbo a Tarsis.

Se desató la tempestad.

Fui arrojado

para aquietar las olas.

Me rodearon las aguas hasta el alma.

Las algas se enredaron en mi cabeza.

La tierra echó sobre mí sus cerrojos.

Y me tragó el gran pez finalmente.

En el temible vientre de la ballena encontré
procesos digestivos, violencia pura, cardúmenes,
una teoría del estado moderno, una imagen
del desamparo humano, un retorno
al paraíso prenatal, irrigado
por el fluir de la corriente sanguínea.

Y en mi habitada soledad tuve tiempo
para reflexionar en la esperanza: algún día
¿nuestra vida ya no será, como la llamó Hobbes,
tan sólo *breve, brutal y siniestra*?



Arriba, José Emilio Pacheco. Abajo Marco Denevi y a la derecha, Juan José Arreola

